

Nuestra portada

Fósforo o la luz del amanecer en la Casa Dorada (Tarija, Bolivia)

Ἦμος δ' ἑωσφόρος εἴσι φόως ἑρέων ἐπὶ γαῖαν,
ὄν τε μέτα κροκόπεπλος ὑπεῖρ ἄλα κίδναται ἠώς,
τῆμος πυρκαϊῆ ἔμαραίνετο, παύσατο δὲ φλόξ.
Homero, *Iliada*, 23, 226-228

Luciferi primo cum sideri frigida rura
Virgilio, *Georg.*, III, 324

quinta uix Phosphoros hora
rorantem sternebat equum
Estacio, *Silvae* II, 6 79-80

La Casa Dorada fue inaugurada el 3 de enero de 1903, en Tarija, con una gran fiesta. El comerciante tarijeño, sefardí de orígenes españoles, Moisés Navajas Ichazo había encargado el diseño y la construcción al ingeniero suizo-italiano Miguel Camponovo Pagano. La familia Camponovo había llegado de Italia a Buenos Aires en una de las olas migratorias europeas, en la última década del siglo XIX. El gobierno boliviano convocó a los hermanos Antonio y Miguel para trabajar en Bolivia. Antonio intervino en la construcción del Palacio de Gobierno de La Paz, en la Catedral Metropolitana de Nuestra Señora de La Paz, el Palacio de Gobierno de Sucre, el Banco Central o el Castillo de La Glorieta, por ejemplo. Luego regresó a Buenos Aires con su familia, donde terminó sus días. Miguel, en cambio, hizo su vida en Bolivia y se estableció en Tarija, donde contrajo matrimonio con Enriqueta Toussaint, con quien tuvo cuatro hijos: Helvecio, Rafael, Emma y Olimpia. Estuvo a cargo

de la construcción de la Casa Dorada, el Castillo Azul, el Banco Nacional, el Hospital de Tarija y la casa Estenssoro, entre otros. Helvecio Camponovo y José Strocco, arquitecto y pintor italiano este último, se hicieron cargo de las pinturas murales de la Casa Dorada. No es lugar para referirnos al estilo de la construcción, o a su ecléctica decoración (que fue en gran parte posible gracias a los constantes viajes de Moisés Navajas), pero es necesario concentrarnos en la estatua que hemos elegido para ilustrar nuestra portada, que se encuentra detrás de uno de los pilares de la terraza de la Casa.

Se trata de una representación de *Eosforos* (Eósforo o Heósforo) o *Fosforos* (o Fósforo). Φωσφόρος es hijo de Eos, la Aurora y de Astreo (Hesiod, *Teog.* 381), aunque hay quienes lo consideran hijo de Eos y Céfalo (Pseudo Higino, *Astronomica* 2 42) o de Eos y Atlas (Licofrón). Ovidio afirma que Heósforo sería padre de Dedalión (*Ov., Met.* XI 295). El nombre está compuesto de *έώς* / *ήώς*, ‘aurora’, y del verbo *φέρω*, ‘llevar’, y significa, por lo tanto, ‘el que trae la aurora’. Antes de Pitágoras (siglo VI a. C.) se creía que el planeta Venus no era uno, sino dos planetas, ya que venía unas veces poco después de la puesta del Sol, y otras veces poco antes de que saliera; se trataba de: Éspero (o Héspero, del que deriva el latín *vesperus*, ‘tarde’), la estrella vespertina, y Eósforo, (o Fósforo, o Lucifer, ‘portador de luz’), la estrella de la mañana. De ahí que ‘Fósforos’ fuera epíteto de divinidades de la luz, como Hécate, Diana o Juno, por ejemplo. Por Héspero los griegos dieron a las tierras itálicas, y más tarde a la península española, el nombre de Hesperia, pues se trataba del territorio más lejano al que llegaba el occidente, donde se ponía el sol. Fósforo, por su parte, era representado con una antorcha en la mano (que también es atributo de su madre, Aurora) y, a veces, llevaba alas. Se dice que, cautivada por la belleza de Fósforo, Afrodita lo habría raptado cuando joven y hecho guardián de su templo, donde se hallaría la explicación a los versos virgilianos: «Lucifer... quem Venus ante alios astrorum diligit ignes» (*En.*, 8 589). Como señala Antonio Ruiz de Elvira en su traducción de las *Metamorfosis* de Ovidio, «el empleo exclusivo en español de la palabra Lucifer con referencia a Satanás procede de la aplicación, por algunos Padres de la Iglesia, del pasaje de *Isaías* XIV 12, que se refiere a la caída del arrogante rey de Babilonia, a la rebelión y caída de Satanás, en relación con el texto evangélico *Lucas* X 18; mientras que hay otro pasaje del Nuevo Testamento, *2 Pet.* I 19, en donde fósforo y lucifer en la biblia griega y latina respectivamente no tienen valor demónico ni otro matiz despectivo alguno».

Ya en el siglo XIX la tradición del mito de Héspero y Fósforo corre por distintas vertientes; como ejemplo, se podría recordar, por un lado, el cuadro

de la prerrafaelista inglesa Evelyn De Morgan, *Phosphorus and Hesperus*, en el que representa a Fósforo y a Héspero aludiendo al ciclo vital: Fósforo aparece enderezándose con su antorcha en la mano derecha, alumbrando el cielo, mientras que Héspero se desvanece, con los ojos cerrados, dispuesto a dormir, y la llama de su antorcha se apaga. Por otro lado, Fernán Caballero (pseudónimo de la escritora y folclorista española Cecilia Böhl de Faber y Ruiz de Larrea), fusiona ambos personajes en su *Mitología contada a los niños e historia de los grandes hombres de Grecia* (1877), donde leemos: «Las Hespérides eran tres hijas de Héspero, hermano de Atlas, que tornado en estrella se llama Fósforo cuando antecede a la salida del sol, y Héspero cuando sucede a la puesta del sol».

Llama la atención la elección del personaje mitológico para la decoración del espacio abierto de la Casa Dorada, pero la estatua de Fósforo es, sin duda, fiel a la belleza del personaje mitológico.

Tatiana Alvarado Teodorika
Sociedad Boliviana de Estudios Clásicos

Breve comentario sobre el estilo neopompeyano del siglo XIX en Iberoamérica

Aunque es un tema de estudio que ha resultado bastante marginal en la investigación, los hallazgos de Pompeya y Herculano tuvieron un importante impacto en los países iberoamericanos. El éxito del influjo de estos yacimientos en España y en Italia, países directamente vinculados a América, necesariamente repercutió en el continente. Algunos países, como México, recibieron pronto esta influencia gracias a los moldes de las esculturas que habían llegado, primero, a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en Madrid y, después, a la Academia de San Carlos de México. La relación entre las academias fue determinante para establecer las pautas de lo que se entendía por Buen Gusto al otro lado del océano. El envío de material, el intercambio de profesores y el apoyo económico entre las mismas permiten vislumbrar los pilares del desarrollo del arte de la Antigüedad clásica en los países de América Latina. Pero no fue solamente esto. La moda de viajar a Italia y visitar los yacimientos campanos también llegó a Iberoamérica como muestran los relatos de viajeros chilenos o colombianos, entre otros muchos.

Algunos de ellos llevaron a sus países algunos restos arqueológicos que constituirían pequeñas colecciones. Asimismo, como había sucedido en los países europeos a partir del siglo XVIII, se impulsó el estilo pompeyano en las decoraciones de los edificios donde se hicieron representar motivos que imitaban los aparecidos en las casas de Pompeya y Herculano como muestran, entre numerosos ejemplos, las bailarinas que inspiraron las pinturas del Castillo de Chapultepec en México o de la Casa Dorada de Tarija en Bolivia.

Mirella Romero Recio
Universidad Carlos III (Madrid)